

# MIRET MAGDALENA

## DESINTERES POR LA RELIGION

«En el siglo XVIII, el noventa por ciento de los títulos de los libros que se imprimían eran religiosos», asegura K. Rahner, S. J.

En cambio, hoy, el panorama ha dado un giro de 180°, ya que, en los países más cultos, la producción religiosa no llega a cubrir el 10 por ciento, y la profana ha arrebatado ese alto porcentaje del 90 por ciento que antes tenía este otro tipo de publicaciones.

Algunos se lamentarán por ello en una añoranza fuera de lugar. Pero olvidan que, para el cristiano de hoy, este hecho tiene también unos valores positivos.

Hoy «el hombre... cree poder arreglarse con el mundo por sus propias fuerzas, y espera poder hallar una solución científica de todas las cuestiones y remediar con la técnica todas las necesidades» (A. Brunner, S. J., «Por qué creemos», editorial Herder). El mundo y el hombre que en él vive se bastan a sí mismos. Los antiguos tiempos, en que los seres humanos pedían a Dios salir de este «valle de lágrimas», han concluido. Si bien es cierto que todavía no se semeja nuestro mundo a un paraíso, a partir de la Edad Moderna el hombre ha descubierto la posibilidad de acondicionar muy satisfactoriamente el mundo. El siglo XIX trajo como consecuencia unas técnicas —económicas, sociales y psicológicas— que dan posibilidades insospechadas a la construcción de un mundo mucho más justo y más humano. Esa es la razón por la que el hombre corriente, por primera vez en la Historia, ha empezado a creer en él mismo y en sus posibilidades como ser humano.

Este hecho nuevo en la historia de los hombres ha traído consecuencias en todos los órdenes de la vida y también en el mundo de lo religioso.

Antes, en buena parte, se predicaba la huida al desierto o la esperanza en el más allá, porque el mundo era poco atractivo para la generalidad de sus habitantes. La religión que se predicaba normalmente correspondía a esta anticuada imagen de lo creado, que hoy está en vías de total o casi total superación.

Actualmente, al cambiar las cosas y al encontrar poderosos factores de progreso que están en manos del hombre, la predicación religiosa ya no tiene éxito. En cambio, lo tiene otro tipo de predicación apartada de lo religioso. Lo mismo en púlpitos que en libros o en otros medios de comunicación de masas.

Si antes se leían libros religiosos, la razón fundamental era porque necesitaba el hombre de ese consuelo añorante de un mundo mejor que no se encontraba en la tierra y lo proyectaba sólo en un más allá desencarnado, en una salvación sólo tras la muerte.

Por eso, si hoy se leen preferentemente libros que tratan de temas profanos es porque al descubrir el hombre esas nuevas posibilidades en él mismo y el mundo, se interesa por la construcción de una sociedad más humana que tiene a su alcance como nunca la tuvo.

Dos pensadores muy distintos, el padre Schillebeeckx, O. P., profundo creyente, y el incrédulo Premio Nobel Bertrand Russell sintetizan estas reacciones casi con las mismas sorprendentes palabras: «Los pescadores con botes de vela son devotos; rezan y, en medio del mar embravecido, ponen su suerte en manos de Dios; en cambio, los pescadores en lanchas de motor confían en la chispa, el acero y la gasolina, y no sienten necesidad de ser piadosos».

Hace pocos siglos, casi necesariamente tenía que ser Dios el «tapa agujeros» de nuestras desgracias; hoy se ha comprobado ser mucho más eficaz acudir a la técnica moderna para resolver nuestros fallos y nuestro porvenir. Y nadie puede pensar razonablemente que la religión, que estaba antes basada en esa actitud correspondiente a un mundo subdesarrollado, tenga que perdurar en sus mismas actitudes ingenuas cuando se vislumbra un mundo de desarrollo económico, social, político, humano y cultural sin precedentes.

El libro no es nada más que un síntoma, pero un síntoma significativo de lo que ocurre con la religión en nuestro tiempo.

Lo que hace falta, por lo tanto, es saber la causa fundamental de este desinterés que la gente tiene por lo religioso en el mundo desarrollado. Y, conocida la causa, plantearse los

creyentes, con total sinceridad, cuál debe ser su actitud ante este nuevo mundo que se acerca.

Querer continuar como antes, añorar la vuelta a un interés preferente por lo religioso, tal como se entendía antiguamente, incluso tal y como se comprendía no más lejos del siglo XVIII, es ilusorio. Por eso, como ha hecho K. Rahner, S. J., tendríamos que descubrir los nuevos valores cristianos que este mundo tiene.

Forzar las publicaciones religiosas, darles un mayor atractivo, modernizarlas hasta creer que coinciden con los intereses del mundo actual es un cometido abocado al fracaso, porque revela la ingenua nostalgia de lo que ya no puede venir.

Esta añoranza y este esfuerzo por una mayor difusión de las ideas directamente religiosas, en los libros, por ejemplo, con demérito del desarrollo de lo profano, en la literatura y el pensamiento, «significaría que una gran parte de la humanidad se hubiera vuelto inculca y ya no leería nada» (K. Rahner, S. J., «Mission et Grace», t. III, capítulo VII).

Hoy —con toda razón— predicamos mejor ciertos valores del cristianismo, Sartre, presentando las consecuencias del egoísmo con su obra «A puerta cerrada», o Albert Camus con «La Peste», mostrando positivamente los valores del amor desprendido. Y todo ello, sin ningún afán moralizador, a diferencia de lo que hacían nuestros autores espirituales clásicos, que hoy nadie lee ya porque sus reflexiones resultan demasiado ingenuas, desplazadas e ineficaces en un mundo completamente distinto del que ellos vivieron.

El *Catecismo Holandés* pretende invitar a este redescubrimiento de los valores cristianos a través de todas las cosas profanas; por eso, quienes —por educación o mentalidad— están alejados de nuestro mundo se fijan casi sólo en sus aspectos negativos.

Ante este nuevo surgir de los valores profanos, del interés por lo humano y por la sociedad del futuro, «muchas personas pueden sentirse interpeladas por una palabra humana... y tomar conciencia, incluso por medio de libros muy profanos, del misterio de su existencia», en el cual se le descubren nuevos valores vivos de justicia, de amor y de libertad, que son de raíz cristiana y que estaban casi completamente olvidados por los que eran oficialmente cristianos (K. Rahner, S. J., «Mission et Grace», t. III).

Lo profano irrumpe en un mundo que estaba demasiado sacralizado y le hace competencia a lo sagrado. Pero esto —en vez de una crítica lacrimosa— debía ser una gran alegría para los cristianos, que nunca debían olvidar que el cristianismo se opuso a la actitud alienadora de todas las demás religiones cuando proclamó, por boca de su fundador, que «el sábado está hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado».

A Dios le veíamos antes como un poder mágico, al que temíamos que temer, porque en sus manos estaba el poder resolver nuestros conflictos humanos, las tormentas, los terremotos, las malas cosechas, los accidentes de la naturaleza y las posibilidades de mejorar económica o socialmente. Hoy nos damos cuenta que «el Dios de Jesucristo es el amor, y la noción de lo sagrado —tal como antes la concebíamos— es de origen pagano y está sobrepasada por el cristianismo auténtico» (Marc Oraison, «Reconnaitre le Vrai Sacre»).

Esta es la causa de que en vez de preocuparnos, los verdaderos creyentes, por el descenso de las publicaciones directamente religiosas, debería ser una satisfacción, siempre y cuando los valores del cristianismo los supiéramos encontrar en tantas cosas positivas de nuestra civilización y nuestra cultura profanas.

Por eso creo yo —con teólogos como Rahner, Schillebeeckx, Moltmann, Boros y otros muchos— mucho más en el «cristianismo anónimo», que se manifiesta secretamente en las obras profanas de nuestro mundo en evolución acelerada, mejor que en las críticas y añoranzas de los antiguos tiempos que viven los «católicos viejos».

No es malo que leamos menos libros religiosos, siempre que lleve a seleccionarlos mejor. Y que los escogiéramos entre los que dan un nuevo valor a lo profano, a la responsabilidad por una sociedad más humana y más justa.